



José Luis Moure: «En la historia de la lengua, la entrada de extranjerismos es un fenómeno permanente e inevitable»

Invitado de honor en el reciente III Congreso Universitario de Formación en Traducción e Interpretación, organizado por la carrera de Traductor Público de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, José Luis Moure, filólogo y vicepresidente de la Academia Argentina de Letras, despliega en esta entrevista sus conocimientos del idioma, su transformación y enriquecimiento paulatino. Mientras trabaja en la edición crítica de una crónica castellana del siglo XIV (*Crónica del rey don Pedro de Castilla y de su hermano Enrique*), se prepara para el Congreso de la Lengua que se realizará en mayo, en Perú, y continúa con sus actividades en la Academia.

.....
| Por Héctor Pavón

Para comenzar, quería preguntarle cómo ha sido para usted la experiencia de participar como invitado de honor en el reciente III Congreso Universitario de Formación en Traducción e Interpretación.

La objetividad me hace sentir incómodo cuando se me distingue con fórmulas como «invitado de honor». La traductora pública Beatriz Rodríguez y los organizadores del congreso me han honrado con esa invitación y esa calificación y, no siendo un traductor profesional, la he aceptado en la creencia de que algo de lo que sé y alguno de los temas a los que me he dedicado en el desempeño docente y de investigación pueden ser útiles en la formación de los traductores, quienes de un modo u otro comparten conmigo el trabajo con la lengua como materia prima de su quehacer. Algunos comentarios posteriores a mi intervención me hacen pensar que fue bien recibida.

Usted se refirió al tema «¿Por qué y cómo cambian las lenguas?». ¿Podría explicarnos brevemente en qué consistió su exposición?

Ateniéndome al tiempo de que disponía, busqué presentar y desarrollar en forma sucinta una realidad que no siempre es evidente en su proceso y consecuencias: las lenguas cambian. No es sencillo aceptar, por ejemplo, que de alguna manera no hemos dejado de hablar latín, es decir que estamos comunicándonos por medio de una lengua que nunca se interrumpió, aunque sus hablantes no pudieron percibir los cambios que se fueron gestando cada día. El resultado es que, después de



dos mil años, los usuarios se expresan hoy en variedades muy diferenciadas del idioma que empleaban Cicerón, Virgilio o el emperador Augusto, aunque no pueda establecerse un quiebre cronológico preciso que señale el pasaje de una lengua a la otra. Esta realidad es comparable a la que advertimos cuando miramos las fotografías de alguien registradas a lo largo de su vida: se trata de la misma persona, pero la imagen nos expone las transformaciones que el retratado nunca percibió en la cotidianidad. Solo la consideración de los cambios en períodos extensos hace posible identificar las enormes modificaciones operadas en las muchas variedades derivadas del latín, conformadas hoy como lenguas nacionales (castellano, portugués, francés, italiano, rumano) y sus múltiples dialectos, que las han convertido en entidades

lingüísticas diferentes y escasamente comprensibles entre sí. Los procesos de cambio lingüístico se desarrollan en todos los planos de la lengua: el léxico, la fonología y la morfosintaxis. Y, naturalmente, se producen también en las restantes lenguas del planeta, porque el cambio es un mecanismo connatural en todos los idiomas. Por eso, y en atención a las especialidades de los traductores mayoritarios de la audiencia, en mi conferencia procuré ilustrar algunas etapas del cambio tal como se cumplieron también en lenguas no latinas como el inglés o el alemán.

A lo largo de su carrera, es probable, habrá trabajado con traductores. ¿Cómo han sido esas experiencias?

Para todo intelectual la traducción es un insumo ineludible. Es casi inimaginable ponderar cuán pobre sería la cultura de cada pueblo si no hubiese contado con la versión de lo que los hombres escribieron en otras lenguas. No obstante, debo aclarar que mi experiencia no ha sido con traductores, sino con traducciones. Desde luego, cuando en mi especialidad no me fue posible leer la bibliografía en sus idiomas originales, he debido hacerlo en traducción. Y más allá de los trabajos técnicos requeridos por las materias a las que me dediqué, la mayor parte de la literatura de creación extranjera (ficción, lírica, teatro) que conocí desde que aprendí a leer me llegó traducida. Debo recordar, por otra parte, que, como docente de latín, el dictado de las clases me obligó a un ejercicio permanente de traducción.

Y en esos casos, ¿pudo establecer la calidad de las traducciones?

No siempre es fácil determinar la calidad de una traducción, sobre todo cuando se desconoce la lengua de partida; por esta razón, en la valoración de esa tarea tiendo a ser tolerante. Así como una mala comida es preferible a la muerte por inanición, dentro de límites razonables, una traducción imperfecta es preferible a la oscuridad en que nos dejaría su inexistencia. En la evaluación de una traducción, suelo seguir este criterio: ¿cuán distante está la versión que leo de la que tendría si hubiese sido escrita originalmente en mi lengua? ¿Y en qué consiste esa distancia? Allí se hacen manifiestas las expresiones forzadas o ajenas a la modalidad estándar de nuestra lengua, los desacomodamientos sintácticos, los presumibles calcos, los «falsos amigos», la inserción y reiteración de pronombres expletivos o innecesarios, etcétera.

La lengua castellana ha sufrido la inclusión de palabras en otros idiomas (básicamente del inglés), en el campo de la tecnología en particular, con la



explicación o excusa de que no tienen traducción, un equivalente en nuestro idioma. ¿Cómo lo ve usted, como una ganancia o una pérdida de la lengua?

En la historia de la lengua, la entrada de extranjerismos es un fenómeno permanente e inevitable. Dos son las razones más claras de esas innovaciones léxicas: la necesidad de nombrar elementos nuevos inexistentes en la lengua propia (el léxico arrollador de la tecnología y de disciplinas como la economía es buen ejemplo) y la moda, que determina que los hablantes prefieran ciertas formas a otras. Naturalmente, si la sociedad lo requiriera, todas las innovaciones léxicas procedentes de otros idiomas como el inglés podrían traducirse mediante elementos lingüísticos propios, pero la necesidad y la urgencia de una denotación inmediata, la velocidad de difusión de los términos, el gusto de los hablantes y el prestigio mayoritariamente concedido, así sea transitoriamente, a esa lengua de partida (sobre gustos no hay nada escrito) son los factores que mueven el fiel de la balanza hacia la adopción del extranjerismo crudo (*bullying*, *hacker*, *tablet*, *hard*, *soft*, *spam*), de una adaptación fonética («fútbol», «ciber», «tuit», «escáner») o híbrida («bloguero», «googlear», «resetear»), o de su traducción plena («navegador», «servidor», «hipervínculo», «portapapeles»). Parece claro que *mouse* y «ratón» son metáforas equivalentes para denotar un mismo objeto; sin embargo, las preferencias hacia una u otra palabra se encuentran hoy bastante repartidas en el mundo hispanohablante. En tímida justificación de algunos anglicismos en boga, admitamos que traducir *chip* o *wifi* no es sencillo, y tampoco lo sería que los hablantes



José Luis Moure: «En la historia de la lengua, la entrada de extranjerismos es un fenómeno permanente e inevitable»

adaptaran en forma unánime la versión propuesta, por lo que las formas originales en muchos casos han ganado claramente la partida. Los miles de arabismos presentes en nuestro idioma y los centenares de germanismos y galicismos, hoy admitidos y escasamente discernibles por el hablante común, son buena prueba de ello. Por otro lado, con el tiempo la lengua desecha muchos extranjerismos, aunque se quede con otros. Y más allá de las recomendaciones y preferencias de los correctistas (entre los que me incluyo) y de los puristas (entre los que no me incluyo), la historia prueba que son los usuarios quienes dictan la última e impredecible sentencia.

Pareciera que las jergas de los jóvenes son cada vez más persistentes, duraderas: producen nuevas palabras de modo frecuente. ¿Cómo vive este proceso?

Como en el caso anterior, la creación de formas expresivas diferentes por parte del segmento más joven de la comunidad (la lingüística las llama cronolectos) es fenómeno permanente en las lenguas más conocidas. Obedece a una voluntad de los jóvenes que se funda en fuerzas complementarias: la delimitación de un grupo de pertenencia compartida y la toma de distancia frente al mundo de los adultos, ya sea porque la diferenciación lingüística —como los gustos y la vestimenta— forma parte de un natural proceso de autoidentificación y crecimiento, ya porque no se sienten identificados con los valores y las conductas de ese mundo y buscan que esa actitud sea visible. Multitudinarias concentraciones de gente joven como las que proveen los lugares de baile, los conciertos, los festivales, las intensas comunicaciones por WhatsApp o a través de las redes, e incluso los intercambios cotidianos en las escuelas, en los equipos y en las barras son semilleros de creación y de difusión de recursos lingüísticos novedosos. No debe olvidarse, sin embargo, la fatal evidencia de que los jóvenes dejarán de serlo y que muchos elementos de su jerga actual se perderán y serán sustituidos por los cronolectos de sus hijos y nietos.

¿Qué papel están jugando los medios de comunicación (masivos o no) en el uso correcto o incorrecto del castellano?

Si se entiende por uso correcto el empleo de una variedad cuidada, respetuosa de la normativa léxica y gramatical, es forzoso advertir que en las últimas décadas, merced a un desplazamiento de los modelos que la sociedad considera imitables —que son hoy presentadores de éxito, deportistas, actores y locutores, en su mayor parte afectos a una modalidad de lengua oral y espontaneísta—, tal cosa ha dejado de ser evaluada como importante; y son estas modalidades orales, de origen mediático, las que en el presente se han instalado fuertemente en la percepción del hablante común.

Entonación, articulación, sintaxis y vocabulario teñidos de rasgos de la oralidad (muletillas, quiebres de construcción, repeticiones, imprecisión, indigencia léxica, vulgarismos) son incorporados, empleados y difundidos por millones de oyentes de radio y televisión. Y en lo que al canal escrito se refiere (el de los buenos escritores, que alguna vez la pedagogía de la lengua promovió como modélico), el discurso que conserva cierta prevalencia es el periodístico, con marcada preponderancia de una sintaxis propia de la economía de espacio, de la topicalización noticiara, del eslogan y el cliché. Como resultado de graves y conocidas deficiencias de la educación general, a esas desatenciones ha venido a sumarse una creciente presencia del desliz ortográfico; los zócalos de los noticieros televisivos, que impregnan cotidianamente la lectura de un público masivo, suelen ser un venero de errores.

Sería errado suponer que esta situación entorpece la comunicación, pero sí debilita el mecanismo de incorporación de la variedad alta o estándar de la lengua, la que es propia de la literatura general —artística y científica—, la que se enseña y aprende en la escuela (en su sentido amplio). Es la variedad en que se escribe un poema o una novela, pero también la requerida por un tratado científico, una monografía, un discurso, una carta, un reclamo administrativo o una solicitud de empleo. Esa variedad fundamental de la cultura de las comunidades alfabetizadas ha dejado de aprenderse y practicarse como corresponde, y por lo tanto su dominio es hoy precario.

La Argentina, gracias a su rica geografía de grandes dimensiones, registra varias y diferentes culturas. Una parte distintiva de esas culturas son los modos diferentes del habla que, a su vez, generan una identidad regional. ¿Qué expresiones o modos le llaman la atención de las formas de hablar de distintas zonas del país?

Todo hablante, no solamente un dialectólogo, percibe las diferencias propias de otras variedades regionales, aunque la especialización aporta cierto grado de escucha privilegiada o, al menos, de mayor interés. Como porteño, podría enumerar variadas formas de pronunciación ajenas a la mía: rasgos rurales como la desaparición de la /d/ intervocálica ([kansáú] ‘cansado’), la aspiración o caída de /s/ final de sílaba, tan propia de los rosarinos —y, por el contrario, la articulación fuerte de la /s/ delante de consonante de los santiagueños—, la entonación ascendente del noroeste o el alargamiento de la vocal anterior a la acentuada que es propio de la «tonada» cordobesa, la pronunciación no yeísta rehilada (como la porteña) de la región cuyana ([lakáye] ‘la calle’, [elkabáyo] ‘el caballo’), la articulación (lateral)

correntina y misionera de la *ll*, la pronunciación asibilada de la vibrante múltiple *-rr-* del noroeste («carro» puede percibirse casi como *káyo*), el voseo con formas verbales tuteantes («vos tienes») o el mayor empleo del pretérito perfecto compuesto en algunas provincias del noroeste, etcétera. Deberíamos sumar, desde luego, las numerosas formas léxicas particulares de las regiones (voces viejas que permanecieron desde la Conquista o procedentes de culturas preexistentes como la guaraníca o quichua), pero sería cosa de nunca acabar.

Hacia 2019, usted sostuvo en una entrevista que la discusión sobre el lenguaje inclusivo es un «debate de carácter ideológico más que lingüístico. No tiene asidero efectuar una reforma unilateral del idioma que se transforma durante siglos y siempre por la demanda del conjunto de los hablantes». ¿Sigue pensando lo mismo? ¿Qué consideración le merece este conjunto de variantes, que en algunos sectores se afianzó, mientras que en otros ocurrió todo lo contrario?

Como he señalado en varias oportunidades, el tema obliga a distinguir, por un lado, la expectativa social de visibilización y de justicia hacia la mujer o de no discriminación de diferentes opciones sexuales y, por otro, la atribución que pretende un sector numéricamente reducido de hablantes (frente a los holgados quinientos millones de usuarios de nuestra lengua), en su inmensa mayoría pertenecientes a una clase media ilustrada, para que el idioma se haga cargo de ese reclamo interviniendo en la diferencia de género —no de sexo— que la conformación morfosintáctica del castellano estableció desde su origen. La oposición masculino/femenino en el idioma es genérica (gramatical), no sexual, y a ella responden los pronombres, artículos y desinencias en una estructura moldeada desde el latín a lo largo de mil años e internalizada como lengua materna desde que los niños comienzan a hablar. Pretender una alteración de esa secular y compleja estructura de oposiciones para afianzar una demanda social, por legítima que sea, es poner el carro delante del caballo y fomentar un desquicio expresivo arbitrario e intruso, violador del código lingüístico adoptado por veinte naciones y, lo que es peor, de muy difícil aplicación efectiva y coherente.



Biografía de José Luis Moure

El 30 de noviembre de 2000 ingresó en la Academia Argentina de Letras y ocupa el sillón Bartolomé Mitre. Fue presidente entre 2013 y 2019. Desde abril de 2019, es vicepresidente.

Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires (UBA), especializado en filología de la cronística castellana medieval y en dialectología hispanoamericana. Desarrolló su carrera como docente superior en la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad, donde inicialmente se desempeñó como profesor de Lengua y Cultura Latinas. Como becario del Servicio Alemán de Intercambio Académico, realizó estudios en el Seminario de Estudios Orientales de la Universidad de Tubinga. Colaboró con el *Atlas lingüístico de Hispanoamérica*, dirigido por Manuel Alvar. Discípulo de Germán Orduna, trabajó inicialmente como becario de Iniciación y de Perfeccionamiento en el SECRIT (Seminario de Edición y Crítica Textual, CONICET), institución que actualmente dirige.



Es autor de numerosos artículos de su especialidad. Además, editó la *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco*, de Francisco de Jerez. Es coautor del estudio introductorio de la edición de la *Crónica del rey don Pedro de Castilla* realizada por Germán Orduna, de cuya versión abreviada prepara la edición crítica, así como la *Crónica de Enrique III* (en colaboración con Jorge Ferro). Es autor del estudio introductorio, edición crítica y anotación de *El detalle de la acción de Maipú*, sainete en lengua gauchesca de autor anónimo, de 1818.

Creo que el llamado inclusivismo lingüístico, al menos en sus aspiraciones más ortodoxas, todas arbitrarias y más o menos exóticas —neutralización de las desinencias *-o(s)/-a(s)* mediante una *-e(s)* voluntarista o irrupciones gráficas en la escritura (*@/x*) en ocultamiento de las reprobadas vocales diferenciadoras—, irá debilitándose en el tiempo, no solo por inconsulto y minoritario, sino por ajeno al sistema del castellano. A lo sumo, como lo he anticipado en algunas ocasiones, podría afianzarse una tendencia a desdoblamiento del tipo «los alumnos y las alumnas», «los y las estudiantes», gramaticalmente aceptables y hasta ahora innecesarios, pero, si el uso se extendiera, requeridos para evitar ambigüedades.

El próximo Congreso de la Lengua está previsto para 2022. ¿Qué expectativas tiene al respecto? ¿Qué temáticas cree o sabe que se tratarán allí?

Los congresos internacionales de la lengua española se vienen realizando cada tres años desde su primera presentación en Zacatecas (México), en 1997. En marzo de 2019 tuvo lugar el octavo en la ciudad de Córdoba, cuyo Comité Ejecutivo integré como presidente de la Academia Argentina de Letras, y el próximo se realizará en Arequipa (Perú) en 2022, en fecha por determinar.



José Luis Moure: «En la historia de la lengua, la entrada de extranjerismos es un fenómeno permanente e inevitable»

Estos congresos, en los que intervienen escritores, académicos, lingüistas y expertos en diversas disciplinas, son foros de reflexión sobre la lengua común del mundo hispanohablante, considerada no solo desde un punto de vista estrictamente científico (gramática, variedades, historia), sino en su dimensión extralingüística, es decir, geopolítica y económica. El castellano se analiza desde múltiples perspectivas: la enseñanza, la valoración y expansión supranacional de su conocimiento y empleo, la promoción de las industrias de la lengua, el crecimiento editorial, los problemas de la traducción y el doblaje, el español en los medios, etcétera. Al tratamiento específico de esos y otros temas debe sumarse la voz y participación de la ASALE (Asociación de Academias de la Lengua Española), entidad que junto con el Instituto Cervantes apela a la corresponsabilidad de los Gobiernos y de las instituciones en el logro de políticas comunes y en la adopción de los consensos normativos requeridos de una lengua compartida por veinte naciones, realidad que suele caracterizarse como de «unidad en la diversidad». Cada Congreso de la Lengua se realiza bajo un lema orientador, que en el de Perú será «El español: un diálogo mestizo entre culturas».

Actualmente, está trabajando en la edición crítica de una crónica castellana del siglo XIV (*Crónica del rey don Pedro de Castilla y de su hermano Enrique*), una tarea compleja. ¿Podría contarnos qué desafíos le implicó esta tarea?

Una edición crítica es un intento de establecer cómo fue escrito originalmente un texto que, por ser anterior a la imprenta y habiéndose perdido el original, se transmitió en una pluralidad de manuscritos que

sobrellevan las múltiples diferencias introducidas por sucesivos copistas a lo largo del tiempo (errores, supresiones, adiciones, alteraciones, folios dañados o perdidos, etc.). La parte ineludible y más fatigosa de la tarea consiste en cotejar palabra por palabra el texto de cada uno de los manuscritos con el de los otros, anotar las variantes y establecer fundamentamente las que el editor entiende que corresponden al original perdido que procura reconstruir. Esas elecciones, además del conocimiento de la lengua del autor y del período (en este caso, el castellano de la segunda mitad del siglo XIV), y de lo que se conoce de la historia de los códices que contienen el texto, requiere establecer una jerarquía de los manuscritos que se cotejan (básicamente, identificar cuál resulta de una copia de otro, para reducir el número de los que se tienen finalmente en cuenta) siguiendo un método procedimental desarrollado por varias escuelas críticas durante los siglos XIX y XX.

¿Cómo ha sido ejercer el cargo de vicepresidente de la Academia Argentina de Letras en pandemia y por Zoom? ¿Cómo se trabajó para continuar con la vida habitual de la Academia?

Con satisfacción, debo decir que la imposibilidad de la presencialidad a lo largo de dos años no afectó en lo sustancial el quehacer de la Academia. Desde luego, sus integrantes echamos de menos el contacto personal (quincenal en el caso



de los académicos y cotidiano en los restantes integrantes), que facilita una forma de interrelación profesional y humana insustituible. Pese a esa forzada restricción, este año se retomaron por Zoom las sesiones regulares, que se cumplieron con elogiada dedicación desarrollando las exposiciones programadas a cargo de los académicos, y tratando y resolviendo todos los temas agendados, incluida la elección de nuevos académicos regulares. Por el mismo medio trabajaron las comisiones de elaboración del *Diccionario de la lengua de la Argentina*, que integro, y las de Publicaciones y Premios y Homenajes. Con una atención limitada, la Biblioteca *Jorge Luis Borges* retomó su actividad hace poco tiempo, y el Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas, con la intercomunicación de sus miembros y las necesarias limitaciones que impuso la inaccesibilidad de parte de los archivos y material bibliográfico, logró proseguir su trabajo en forma virtual. ■